

El Mando de la Fuerza Aérea Táctica

Por el Coronel FRANCIS C. GIDEON, F. A. de EE. UU.
Miembro del Grupo de Planes Estratégicos Conjuntos
de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

La potencia aérea no es artillería volante o caballería de reacción; es la suma de medios necesarios para dominar el aire. Para conservar su mayor ventaja—flexibilidad—precisa la integridad de la F. A.

(Publicado en *Military Review*.)

Parece existir una creciente preocupación entre ciertos oficiales del Ejército de Estados Unidos por creer que éste erró en abandonar por completo su autoridad sobre la Fuerza Aérea durante la segunda guerra mundial y en apoyar la ley de Seguridad Nacional de 1947, que separó la Fuerza Aérea del Ejército. Esta común preocupación se expone con vehemencia en dos artículos recientes: "El dilema del apoyo aéreo inmediato de las fuerzas terrestres", por el Mayor J. M. Bernum, en *Military Review*, y "¿Quién debe mandar las Fuerzas Aéreas Tácticas?", por el Teniente Coronel William R. Kintner, en *Combat Forces Journal*. No hay una sugestión escueta en ninguno de estos artículos para que la llamada Fuerza Aérea Táctica (TAF) deba reintegrarse al Ejército (aunque se percibe el sentir de los autores de que ésta sería la mejor solución al problema), pero cada uno presenta su tesis para probar que las fuerzas aéreas que apoyan las operaciones terrestres deben estar bajo el mando del Ejército.

Se ve claramente que es sincera la preocupación que estos oficiales manifiestan. Sin embargo, igualmente sincera es la preocupación de aquellos que reconocen como

peligroso error la sugestión de que la Fuerza Aérea se divida en cualquier forma.

Este artículo tiene por objeto contribuir a un ulterior examen de este problema en el mismo plano constructivo que caracteriza a los artículos a que nos referimos.

Para apoyar la tesis del mando del Ejército sobre la TAF elaboran los siguientes puntos de partida:

1. Aun Douhet, apóstol de la primacía del poderío aéreo, tal como el Teniente Coronel Kintner lo expone, reconoció la necesidad de la Aviación Táctica como una parte integral del Ejército. Debemos volver a Douhet.

2. El concepto de la potencia aérea como entidad independiente y de igual a igual es peligrosamente ilusorio cuando se aplica a las operaciones aéreas tácticas; el éxito de las operaciones de apoyo aéreo tal como la Fuerza Aérea de los Estados Unidos las concibe ahora, depende demasiado de las relaciones personales entre los comandantes terrestres y de apoyo aéreo.

3. La Fuerza Aérea de los Estados Unidos ha subordinado la misión de apoyo aéreo a su misión de guerra aérea estratégica.

Examinemos estos principios según los hechos que conocemos: experiencias de la segunda guerra mundial y perspectivas del futuro.

Dohuet.

La asociación de Dohuet, aun sucintamente, con una sugerencia para separar de la Fuerza Aérea una parte integral de su potencia, es interesante (casi chocante, si no fuera tan fácil de rebatir). Tres citas del libro de Dohuet "*The Command of the Air*" ("El dominio del Aire"), publicado en 1927, bastarán para aclarar el concepto:

* * *

Cuando se publicó la primera edición de "*The Command of the Air*", creí prudente no expresar todas mis ideas sobre los problemas de Aeronáutica porque no deseaba trastornar muy violentamente las ideas prevalecientes sobre la materia. Mi propósito era simplemente allanar el camino para la aceptación y ejecución de un modesto programa que constituyera un punto de partida del progreso ulterior. (Dohuet.)

* * *

Consideré un error mantener una Fuerza Aérea auxiliar que no era capaz de conquistar el dominio del aire, pero admití su razón a existir con el fin de no trastornar muy violentamente a aquellos cuyo criterio encontraba muy drástica la abolición de la Fuerza Aérea auxiliar—única Fuerza Aérea que se les permitía—y la creación de una Aviación autónoma, una innovación que surgió como resultado de la guerra.

Aunque lo admití, rehusé discutirlo y en la sección sobre "Aviación Auxiliar" escribí: "...la responsabilidad por la organización de la Aviación auxiliar del Ejército y de la Armada corresponde al Ejército y Armada. No discutiré sus méritos aquí". Al comienzo de la misma sección dije que la Aviación auxiliar debía ser: "1.º, incluida en los presupuestos del Ejército y Armada, respectivamente, y 2.º, colocada bajo el mando directo absoluto del Ejército o de la Armada, comenzando con su organización y terminando con su empleo.

Ya que admití la Aviación auxiliar, esa opinión era perfectamente lógica; pero al hacer la concesión tenía en la mente otra finalidad: Creí que cuando fuera organizada una Aviación auxiliar que verdaderamente valiera la

pena y el Ejército y la Armada se vieran obligados a costearla con fondos de sus propios presupuestos, y sus autoridades hubiesen sido obligadas seriamente a estudiar su organización y empleo, hubieran llegado automáticamente a la conclusión de que tal Aviación auxiliar era inútil—y, por consiguiente, no sólo superflua, sino contraria al interés público.

Estas son las razones esenciales por las que no establecí, como lo hago ahora, que la única organización aérea cuya existencia está plenamente justificada es la Fuerza Aérea independiente. (Dohuet.)

* * *

Considerando luego que, si parece valer la pena, no habrá nada que impida separar algunos de los aviones de la Fuerza Aérea independiente para su uso como auxiliares después de que se haya logrado el dominio del aire, debemos lógicamente llegar a la conclusión de que la aviación auxiliar no tiene ningún valor, es superflua y perjudicial. De *ningún valor* por ser incapaz de emprender acción si no tiene el dominio del aire. *Superflua*, porque una parte de la Fuerza Aérea independiente puede usarse como una auxiliar de haberse conquistado el dominio del aire. *Perjudicial*, porque distrae potencia de su propósito esencial, haciendo así más difícil lograr ese propósito. (Dohuet.)

* * *

Cito a Dohuet, primero, porque todo lo que él diga sobre potencia aérea es digno de atención, incluso para aquellos que prefieran estar en desacuerdo, y, segundo, porque si su opinión ha de considerarse como autorizada, debe hacerse constar como favoreciendo una Fuerza Aérea independiente que tenga toda la potencia aérea de la nación.

Relaciones de Mando.

En las relaciones de la TAF está el punto crítico del debate sobre el problema del *apoyo*. El enigma de cómo satisfacer a un hombre, o a una Compañía, o a una Fuerza especial que está siendo *apoyada*, nunca ha sido ni será resuelto. Aunque el procedimiento normal de infantería-artillería pueda indicar lo contrario, es fácil vislumbrar una situación donde un Comandante de

una fuerza terrestre, con una misión particular por cumplir, desee que se le asigne una agrupación de artillería (1) para la repartición ulterior de batallones y baterías a cada una de las unidades de Infantería; un Comandante de Aviación que tramita información a través de transmisiones de la Armada, apoyado por un esfuerzo de reconocimiento de un mando adyacente, creará que sus mensajes no se transmiten con rapidez suficiente y deseará solicitar eslabones de transmisiones separados; un Comandante de la Armada, apoyado por un esfuerzo de reconocimiento de un mando adyacente, creará que la cobertura no es adecuada o segura y pedirá que se le confíe el mando inmediato de las unidades de reconocimiento precisas; un comandante de un teatro de operaciones, apoyado por las fuerzas navales de otro adyacente, sentirá que no puede depender de que el apoyo llegue a tiempo y en el lugar preciso, y pedirá el control directo sobre las fuerzas de apoyo. Todo Comandante desearía tener bajo su mando directo todos los medios necesarios para completar su misión y ninguno discutiría la efectividad de esta disposición. Desde el punto de vista limitado del Comandante, en cualquier escalón, no existe, como el Mayor Barnum afirma, sustituto efectivo para el Mando. No obstante el axioma, existen razones para abogar por los principios de *coordinación* y *apoyo* de fuerzas en los escalones inferiores e integración de fuerzas en un solo *Mando* apropiado en el escalón superior.

En la organización de las fuerzas militares de los Estados Unidos, la razón básica para abogar por *coordinación* y *apoyo* es la economía. No existen recursos suficientes para dotar a cada Comandante de medios para cumplir todas las misiones que puedan asignársele. Se puede estar seguro de que, desde el punto de vista del Ejército, muchas ventajas podrían resultar, por ejemplo, de contar con sus sistemas propios de transporte ferroviario, aéreo y marítimo. Otro tanto puede afirmarse para la Armada y la Fuerza Aérea. Podríamos caer en un círculo vicioso y argumentar lo mismo para que cada Armada tuviera (al menos en cierto

grado) las aptitudes de cada una de las otras. Mas ninguna nación, ni aun la norteamericana, puede costearse este lujo. Por consiguiente, el problema a decidir no es si deben existir *coordinación* y *apoyo*, sino en qué escalón comienzan.

El Ejército afrontó el problema del *Mando* (*coordinación*) en la segunda guerra mundial y su decisión reconoció la existencia de la potencia aérea al mismo nivel que la potencia terrestre y marítima. El Mando de las Unidades de la Fuerza Aérea fué posteriormente decidido sobre este reconocimiento. Los Comandantes supremos de los teatros de operaciones no fueron escogidos principalmente porque perteneciesen a tal o cual fuerza armada, sino sobre la base de una amplia experiencia. Bajo el mando de estos jefes había Unidades de todas las fuerzas armadas, y el Comandante supremo ejerció su mando por medio de los jefes más antiguos de cada una de las fuerzas. Las órdenes del Comandante supremo prescribían las misiones de las fuerzas componentes, y estas misiones, casi sin excepción, incluían el *apoyo* y *coordinación* para cada miembro del equipo y de éstos entre sí. Podremos estar seguros que los Jefes de Estado Mayor conjunto y los Comandantes de todos los escalones entendieron la relativa efectividad del control por medio del *mando* y dirección por medio de la *coordinación*; pero las complejidades de los problemas de cada una de las fuerzas armadas obligaron a una desviación del axioma del *mando*.

La experiencia en la segunda guerra mundial condujo a la conclusión que la flexibilidad inherente a la potencia aérea es su mayor ventaja. "Esta flexibilidad", dice el Reglamento de Servicio de Campaña del Departamento de Guerra sobre la materia, "hace posible emplear el peso íntegro de la potencia aérea disponible en diferentes zonas, escogidas una tras otra"; tal uso concentrado de la fuerza aérea de ataque es un factor de primera importancia para ganar una batalla. Si la potencia aérea creada para el apoyo inmediato de la fuerza terrestre no tuviera otra función, o si por largo tiempo las operaciones de apoyo inmediato fueran el esfuerzo de primerísima prioridad para la Fuerza Aérea y agotase en ellas todos sus esfuerzos, entonces no existirían dos

(1) La Agrupación de Artillería del Ejército de Estados Unidos se compone de dos o más batallones (no más de seis) los que, a su vez, están integrados por tres o más baterías.

fuertes argumentos en favor de su separación del mando de Tierra. Sin embargo, la realidad es que nunca hay suficientes medios para realizar todas las misiones por fuerzas completamente especializadas, y que la misma potencia aérea que puede una vez ser empleada en operaciones de apoyo inmediato debe, otras veces, en realidad, emplearse con preferencia para lograr y mantener el grado necesario de superioridad aérea. Además, habrá ocasiones, aún en períodos de intensas operaciones de combate terrestre, en que las necesidades de apoyo aéreo no consumirán el esfuerzo total de la TAF disponible. El esfuerzo restante debe entonces concentrarse en otros objetivos también lucrativos.

Aunque no hay duda que un Mando terrestre con el debido caudal de adiestramiento e instrucción, puede ejercer mando efectivo sobre Unidades de la Fuerza Aérea, dudamos que ello sea necesario o conveniente. Un Comandante de División, cuyo grado de interés y control está limitado a las operaciones de su división, tendrá ciertamente más tiempo para preparar sus planes y velar por su ejecución que el Comandante de División que tenga también que preocuparse de los detalles necesarios para ejercer el mando de operaciones de apoyo aéreo. Por supuesto él tiene y debe tener interés en que se le provea el apoyo aéreo que necesita. Existe, sin embargo, abundante evidencia para probar que puede ser eficazmente apoyado por fuerzas aéreas que no estén bajo su mando directo.

Debe suponerse que cualquier Comandante a quien se le confían operaciones de fuerzas de cualquier clase debe tener algo más que un conocimiento superficial con respecto a las armas, tácticas, técnicas, posibilidades y limitaciones de sus fuerzas. Se reconoció durante todo el tiempo que duró la segunda guerra mundial que las operaciones aéreas son de una naturaleza tan altamente especializada que la experiencia de vuelo es un requisito para el mando directo de operaciones aéreas. Los progresos técnicos y los rápidos cambios de las técnicas en operaciones aéreas desde la guerra, durante un período en el que similares progresos están produciendo armas y técnicas del Ejército más complejas, acrecentan el problema de habilitar oficiales para man-

dar tanto las operaciones del Ejército como de la Fuerza Aérea.

Con relación a este asunto, es pertinente hacer constar que el razonamiento que conduce a la conclusión de que los Oficiales de Tierra son aptos para mandar operaciones aéreas, conduce también a la conclusión de que el Comandante aéreo está capacitado para mandar operaciones terrestres. Puede venir una era en que la amplitud de la experiencia y adiestramiento justificará tales situaciones; pero considerando la rápida expansión que las Fuerzas Armadas tienen que experimentar durante la época de guerra, dudamos pueda contarse con tiempo para adiestrar individuos para el mando de unidades aéreas y terrestres a la vez. Hasta tanto se demuestre que puede cumplir el necesario adiestramiento, es prudente continuar destinando comandantes de experiencia para el mando directo de los componentes principales de cada una de las Fuerzas Armadas.

La sugestión de que las operaciones de apoyo aéreo de la segunda guerra mundial tuvieron éxito es porque los generales de la Fuerza Aérea del Ejército: primero, fueron "expuestos constantemente a la instrucción en el papel decisivo de las operaciones terrestres", y segundo, estuvieron psicológicamente subordinados a los generales de las fuerzas terrestres del Ejército", es completamente injustificada. El hecho de que los comandantes de la Fuerza Aérea cumplieron tan efectivamente sus misiones es, por el contrario, un tributo a su conocimiento del empleo de la potencia aérea y su comprensión de la cooperación. El hecho de que se les brindara la oportunidad de realizar sus operaciones como una parte integral del concepto de la potencia aérea suprema es un tributo al desprendimiento de aquellos jefes del Ejército, que no exigieron subordinación, ni en un sentido psicológico ni militar, como un requisito a la integración de un equipo de fuerza terrestre-fuerza aérea.

Parece existir la creencia de que un Mando terrestre está completamente a merced del comandante de la fuerza aérea de apoyo cuando esta última ocupa una posición coordinada. Aparentemente se cree que el comandante aéreo no dará, o que puede dejar de dar, el apoyo requerido; que ignore objetivos escogidos por el Mando de Tie-

rra y que ponga fuera de combate a objetivos que dicho Mando cree no deben atacarse. La preocupación a este respecto puede ser sincera; pero ignora el hecho de que el comandante aéreo no está operando en un vacío, sino bajo un jefe común de tierra a quien apoya. Puede estar seguro de que el comandante aéreo cumplirá sus órdenes.

Es difícil imaginarse una situación donde un comandante aéreo ignore deliberadamente sus órdenes y pase por alto objetivos escogidos y prioridades; pero si esto ocurriese, el comandante del Ejército puede fácilmente recurrir ante el comandante superior. Si suponemos que los oficiales de cada fuerza armada tienen igual respeto por las propias órdenes militares, el principal problema del mando entre las fuerzas de apoyo y las apoyadas es el de las transmisiones.

Subordinación del apoyo aéreo a las operaciones aéreas estratégicas.

La subordinación que pueda haber existido no prueba que la Fuerza Aérea de Estados Unidos haya dejado de interesarse en apoyar operaciones de fuerzas terrestres, sino más bien refleja prioridades de misiones y limitación de presupuestos. En la formulación de planes para la defensa nacional debe darse consideración no sólo a qué fuerzas deben ser empleadas y qué misiones cumplirán, sino *cuándo*. Antes de la segunda guerra mundial, la filosofía básica de la defensa de los Estados Unidos requería la existencia de una flota como primera línea de defensa y una base de movilización para la expansión del Ejército para proseguir una guerra terrestre. El relativo estado de preparación del Ejército y de la Armada no implicó una subordinación del papel del Ejército o un abandono de interés en sus operaciones. Sólo reflejó un entendimiento de prioridad de misiones. Cuando hubo limitaciones presupuestarias que impidieron que tanto el Ejército como la Armada lograsen el ambicionado estado de preparación, se dió la prioridad, y con muy buen juicio, a la fuerza cuyos elementos fuesen necesarios primero para el combate.

Desde la terminación de la segunda guerra mundial se ha reconocido que la Fuerza Aérea debe estar preparada para conducir su

misión de guerra aérea, estratégica. Aunque sería conveniente que todos los elementos de todas las fuerzas armadas estuvieran con sus efectivos de guerra listos para combatir al instante, esto no puede ser ni nunca lo será. El balance de la *preparación* dentro de las *Fuerzas Armadas*, así como entre ellos, debe basarse sobre *prioridades de misiones*. La estrategia de nuestra defensa nacional, formulada a la medida de nuestros recursos, ha dictaminado que debe darse preferencia especial a la fuerza aérea ofensiva de gran autonomía de vuelo. Evidente de por sí, se ha reducido la capacidad para realizar ciertas otras misiones.

Una comparación del número actual de divisiones del Ejército desde el fin de la segunda guerra mundial con el número de grupos de la Fuerza Aérea particularmente designados para apoyar operaciones, revela que se ha mantenido un balance numérico. Sobre esta base, no hay evidencia de subordinación por parte de la Fuerza Aérea de su papel de apoyo inmediato del combate. Considerando la eficiencia y preparación para el combate, esto dejó mucho que desear; pero esta observación es ciertamente aplicable con igual fuerza a las fuerzas terrestres, así como a las unidades de la Fuerza Aérea designadas para su apoyo.

No es que Corea haya despertado súbitamente a la Fuerza Aérea sobre la necesidad de proporcionar apoyo inmediato más efectivo, ni más ni menos que lo ha hecho con el Ejército en cuanto a la necesidad de armas antitanques más efectivas. La necesidad para ambas ha existido y ha sido claramente reconocida siempre.

El Secretario de la Fuerza Aérea resumió la posición de la misma con respecto a sus misiones en un discurso. Dijo, refiriéndose a los tres principales problemas con que se enfrenta la Fuerza Aérea.

Lo primero en la defensa aérea de los Estados Unidos es hacer lo que podamos para impedir que un enemigo efectúe un devastador ataque atómico sobre nosotros; esencialmente la tarea es poner fuera de combate aéreo tantos bombarderos enemigos como sea posible y batir con nuestra aviación estratégica el origen del ataque enemigo.

Lo segundo es el apoyo aéreo táctico para

las fuerzas terrestres doquiera que se encuentren. Particularmente, nuestros planes implican el empleo de tropas de Estados Unidos para ayudar a la defensa de la zona vital del Continente europeo. La aviación táctica norteamericana debe velar porque, en conjunción con nuestros aliados, se logre la supremacía aérea sobre el campo de batalla, se prive de abastecimientos al enemigo y que nuestras tropas en el frente reciban inmediato y poderoso apoyo aéreo. Esta es una función en extremo importante de la Fuerza Aérea.

Lo tercero, y la misión a que nos hemos concentrado en el pasado, y continuaremos concentrándonos en el futuro, es el ataque aéreo estratégico... Mientras las naciones permanezcan fuertemente armadas, el ataque aéreo estratégico—nuestra capacidad de balir con gran potencia atómica los centros vitales de una nación agresora—será la mayor fuerza para la paz en todo el mundo occidental. Si no hubiéramos contado con esta fuerza estaríamos en una guerra mundial actualmente. La rama aérea estratégica es indispensable para nuestra seguridad y para la de nuestros amigos y aliados. Así, aunque es preciso aumentar nuestro esfuerzo y gasto en aquellas otras tareas señaladas, nunca debe ser a expensas de la aviación estratégica.

Las lecciones de Corea deben evaluarse cuidadosamente antes de sacar conclusiones finales; pero, sean los que sean los defectos revelados, la corrección no consistirá en crear inadecuadas estructuras de fuerzas. Ya se ha sugerido por algunos que el Ejército se haga cargo de los cazas y cazabombarderos empleados para el apoyo inmediato de tropas terrestres. Sería igualmente erróneo corregir la flaqueza en los esfuerzos antitanques del Ejército pasando esta función a otra Fuerza Armada.

Problemas técnicos y del Mando.

Es interesante examinar el problema que se crearía a la fuerza terrestre si prevaleciera el punto de vista de que la aviación táctica pasara al mando del Ejército. Primero, ¿resolvería el Ejército el problema del adiestramiento?, no; si es representativa la actitud de las fuerzas terrestres en el Japón, tal como se informó en *The New York*

Times. El informe del 2 de noviembre de 1950, de un corresponsal de prestigio exponía que "...la Fuerza Aérea había sugerido adiestramiento aeroterrestre conjunto en el Japón antes de la guerra (de Corea) pero el Ejército no estuvo muy interesado". Es probable que esta actitud no represente el pensamiento de la mayoría de los oficiales responsables del Ejército, pero el hecho de que exista es del todo significativo.

Segundo. ¿Lograría el Ejército una mejor solución en cuanto a equipo? No hay medio de saberlo; pero parece justo juzgar que los intrincados problemas técnicos constituirían un laberinto para cualquier Fuerza Armada que aceptase la responsabilidad de las operaciones de apoyo inmediato.

Tercero. ¿Resolvería el Ejército el problema del mando a satisfacción de más de un escalón? El Ejército se enfrentaría, una vez más, con el problema que existió inicialmente en la segunda guerra mundial y estamos seguros que la doctrina enunciada en el Reglamento de Servicio en Campaña (Mando y Empleo del Poder Aéreo, de fecha 21 de julio de 1943, sería reiterada. Es inconcebible que las jefaturas aéreas, fuerzas aéreas, grupos o escuadrillas sean repartidas a las unidades individuales de las fuerzas terrestres para su apoyo exclusivo. El control sería retenido en algún escalón superior y ejercido por medio de una vía jerárquica aérea. El Comandante regimental, el Comandante divisionario, el Comandante de un CE, el Comandante de cada escalón inferior a aquel donde se retenga el control, se vería precisado igualmente a recurrir a un Comandante de coordinación en busca de apoyo.

Conclusión.

Si la potencia aérea no fuera nada más que artillería volante o caballería propulsada a chorro, estaría lógicamente colocada bajo el mando de las fuerzas terrestres. Pero la potencia aérea (de la que forman parte las fuerzas designadas para el apoyo inmediato de combate de las operaciones terrestres) es mucho más que esto. La potencia aérea es la suma de los medios necesarios para dominar el aire y atacar el suelo. Bajo este aspecto, las razones para establecer una Fuerza Aérea integral son lógicas y acertadas; su integridad debe ser asegurada y conservada.